

Un médico en la Sierra, el canto de un ruiseñor

Sesenta y cinco años atrás, cuando Fidel lideraba la contraofensiva estratégica contra el ejército batistiano, el doctor Julio Martínez Páez, primer médico cubano en prestar servicio a las fuerzas rebeldes, levantaba un hospital de campaña lo mismo en un bohío, debajo de unos árboles, que en una cueva

Enrique Ojito Linares

Dormía con *El Quijote* debajo de la almohada. Disfrutaba la batalla del hidalgo, espada en mano, contra los cueros repletos de vino tinto, que el caballero consideraba un gigante, suelto en aquel aposento. Deliraba con Cervantes. También con el barroquismo de Bach y sus *Conciertos de Brandeburgo*. Y en la menor ocasión, se arrimaba al piano para visitar a Chopin, Beethoven...

Era capaz de referir cada detalle de *La última cena*, y celebraba cómo Da Vinci captó la serenidad del Mesías, después de anunciar la traición de uno de sus discípulos. Alucinaba con el genio florentino. Y con *Las meninas*, de Velázquez. Al menor indicio de agobio, tomaba el pincel y desafiaba el óleo.

Natural, por ende, su evocación a la pintura de Goya al ver a Fidel y su guerrilla, a su arribo a la Sierra Maestra en 1957. Pero, ¿qué hacía el doctor Julio Martínez Páez en aquellas agrestes montañas? Para saberlo, a mediados de 1990 fuimos al encuentro, en La Habana, de este cirujano, calificado como el Padre de la Ortopedia en el país y el primer médico cubano en incorporarse a las fuerzas rebeldes. Apenas medió una llamada telefónica al entonces director del hospital Fructuoso Rodríguez, cuyos destinos condujo desde 1960 hasta 1994. En una semana estaríamos conversando con este comandante del Ejército Rebelde y Ministro de Salubridad y Asistencia Social de enero a junio de 1959.

LA NOTICIA

Nada épica era la voz de Martínez Páez. Hablaba bajo, tan bajo que el choque de las olas contra las rocas en la costa se escuchaba más alto que sus palabras en la sala de su casa en Miramar. Cuando determinó sumarse a la tropa de Fidel —nos reveló—, disponía de un consultorio privado, laboraba en el Hospital Universitario Calixto García y en el Centro Médico Quirúrgico del Vedado e impartía docencia en la Universidad de La Habana.

Justamente, ya en la época de alumno universitario auscultaba la realidad nacional, bajo los cascos del tirano Gerardo Machado, tildado el Asno con Garras por Rubén Martínez Villena; en consecuencia, Julio participó y quedó arrestado en más de una manifestación contra la dictadura en 1930 y 1931.

El año 1957 constituyó un parteaguas en su vida, al integrar el grupo del Movimiento 26 de Julio, compuesto por Armando Hart y Haydée Santamaría, entre otros jóvenes. Distribuyó y vendió bonos; trasegó pertrechos de guerra y atendió a revolucionarios heridos y torturados, presos en el Castillo del Príncipe.

La casa del ortopédico, allanada más de una vez por el régimen batistiano, devino refugio para varios luchadores, como el dominicano Ramón Emilio Mejías (Pichirilo), uno de los timoneles del Granma. Sobreviviente a la tragedia de Alegría de Pío, pudo llegar a la capital. Julio contribuyó al logro de su asilo político en la Embajada de México, adonde lo llevó con su mismo auto.

Durante un mes, le dio cobija a Haydée y Hart. Junto a Armando, fue detenido el 18 de abril de 1957 por fuerzas del Buró de Represión de Actividades Comunistas en la terminal de ómnibus de la Virgen del Camino, mientras cumplía una misión. Por fortuna, al darse cuenta del incidente, Haydée no resultó capturada. A esta mujer, el médico le brindó su consulta en 19 y C para reunirse clandes-



Martínez Páez, junto a Fidel, Haydée y Celia.

tinamente. Mas, los días de Martínez Páez en La Habana estaban contados. En mayo, lo sorprendió la noticia.

—Fidel nos mandó a buscar. Necesitaba a un cirujano ortopédico. Y al confesárselo al periodista, el entrevistado pintó su voz de otro color. Quizás rojo púrpura.

Al conocer la decisión del médico de partir, Haydée lo escaneó de arriba hacia abajo y, con cierta suspicacia, le advirtió:

—Doctor, usted no resistirá esa vida; está muy flaco.

PARTIDA Y LLEGADA

Aguardó por la partida con la misma paciencia que enfrentaba una complicada intervención quirúrgica. Por si acaso, preparó todo con tiempo: anestesia, antibióticos, equipo de cirugía...

—Esas eran mis armas.

El primero de junio de 1957, exactamente en la mañana —recuerda con memoria fotográfica—, le anunciaron que saldría esa noche. A las doce en punto partió en automóvil, acompañado de dos jóvenes. Irían directamente a Santiago de Cuba y durante el trayecto no podían realizar contacto con nadie. A pie juntillas, cumplieron las órdenes. A lo largo del viaje, los esbirros de la tiranía parecían moscas posadas sobre la Carretera Central.

—¿De dónde vienen? ¿A dónde van? ¿De dónde vienen? ¿A dónde van?, sonaban a disco rayado en vitrola.

Sin contratiempos, llegaron alrededor de las seis de la tarde a Santiago de Cuba. Frank País, jefe nacional de Acción y Sabotaje del "26", los recibió. Al médico le correspondió alojarse en una casa en el reparto Vista Alegre. Al cabo de unos días, salió rumbo a Manzanillo. Celia Sánchez Manduley lo esperaba, y esa noche durmió en su casa, escoltada por mameyes, mangos y caimitos.

—¿Dormir? Sinceramente, no pegué un ojo, nos revelaría. Pudieron más la expectativa y el temor de caer prisionero que la

hospitalidad de la familia de la heroína.

En pisicorre, salieron al otro día. La incertidumbre, *in crescendo*. Pasaron delante del cuartel de la Guardia Rural en el batey del ingenio Estrada Palma, y nada. Por suerte. En El Zarzal abordaron un yip; avanzaron algunos kilómetros por las estribaciones de la Sierra Maestra, hasta que el motor empezó a jaderar. Era el turno de los caballos para los de más edad, y de las piernas para los jóvenes. Con 49 años, Julio figuraba en el bando de los de a pie.

A las doce de la noche, estaban en El Salto y continuaron la marcha. Al médico, las botas le pesaban más que sacos de arena de arroyo mojados. En un bohío, los pusieron sobre aviso: los guardias de Batista acababan de pasar por allí. A esconderse en el monte, no quedaba de otra. Rebasado el peligro, de nuevo al camino; de brújula, el río Yara. Atrás, Santo Domingo y El Naranjo.

Por fin, avistaron el campamento de Fidel en Palma Mocha. Serían las cinco de la tarde. Y cuando desde lo profundo del monte se oyó aquel ¡Viva Cuba!, y todas las voces fueron una única voz, al doctor Julio Martínez le pareció escuchar de fondo la *Marcha Triunfal*, de Verdi. Lo colegimos de su relato, sin la menor dramática. Las trompetas y las flautas fueron a la cuenta de nuestra imaginación. Martínez Páez no arribaba al Antiguo Egipto; sí, a un pedazo libre de Cuba. Y llegó el abrazo con Fidel. Un abrazo silencioso y fuerte.

—Jamás habías caminado tanto en tu vida, le comentó el jefe guerrillero. Y luego indagó:

—¿No se encontraron con las tropas de Batista?

—Sí, o mejor, no. Después que pasamos El Salto, unos campesinos nos dijeron que vieron a un pelotón de los guardias de Batista.

Fidel soltó una sonora carcajada. Y les aclaró que eran rebeldes, disfrazados con uniformes del ejército enemigo.

—Médico, ahora vaya a descansar. Y así remató la conversación.

MÉDICO DE VERDE OLIVO

Aquella noche de junio de 1957, el doctor Julio Martínez durmió en una hamaca y con el río Palma Mocha casi de almohada. Prácticamente desde el amanecer asumió la dirección del servicio de Sanidad Militar del Ejército Rebelde. Sustituía a Ernesto Guevara, quien dedicaría todo su tiempo a las acciones militares.

—Cuando llegamos a la Sierra, el Che estaba atendiendo a los heridos en el combate de El Uvero.

Julio tuvo su bautismo de fuego en Palma Mocha el 20 de agosto. En la casa habanera, supuso cómo sería un tiroteo en vivo en las montañas; luego de verse en medio de la primera balacera, comprobó que su idea iba por la izquierda y la realidad, por la derecha.

Pero, frío, frío en el estómago sintió, en verdad, al saber que la aviación enemiga voló en pedazos el bohío donde había curado, poco antes, a los heridos en el combate de esa madrugada. Algunos de los intervenidos quirúrgicamente consideraron intempestiva la decisión del traslado urgente del lugar. Habían salvado la vida por un hilo. Por un hilo no; por una orden cumplida.

—En la guerrilla, las órdenes no se discutían.

Para ilustrarlo, recordó lo sucedido con el armero de la tropa. Julio aguardaba con ansiedad por un instrumental de Ortopedia, solicitado a la capital. Le inquietó la excesiva tardanza del arribo. Alguien le dijo que en la armería le pareció ver un equipamiento similar, y el doctor empezó a investigar. En efecto, allí estaba. El armero confundió aquellas piezas con instrumentos de mecánica. Y cumplió la orden de enviar los "hierros" al hospital de sangre.

“ Julio tuvo su bautismo de fuego en Palma Mocha el 20 de agosto. En la casa habanera, supuso cómo sería un tiroteo en vivo en las montañas; luego de verse en medio de la primera balacera, comprobó que su idea iba por la izquierda y la realidad, por la derecha ”

De inmediato, el médico notó la ausencia de una especie de taladro, y reclamó su devolución. Sin embargo, el armero no transigía; el equipo le era necesario, argumentaba. Ante la negativa, el ortopédico no halló otra opción: informó al jefe de Auditoría. El armero quedó arrestado hasta la aclaración total del hecho. Cuando lo tuvo entre sus manos, Martínez Páez respiró hondamente y desinfectó el susodicho aparato, vital para su hospital ambulante, que montaba en un bohío o debajo de un techo de nailon, amarrado por las cuatro esquinas a un cedro, un ateje o a lo que existiera.

—¿Cuántas intervenciones quirúrgicas realizó usted en tales circunstancias?